



*Uraco*

**Simone Falk**

# Reseña

¡Por fin ser vieja, tener arrugas, poder ser lenta! Eso es lo que desea Eleonora, también llamada Leon. Su amiga Tabea lleva una vida ordenada como profesora y madre. Pero a veces se despierta en lugares desconocidos, sin recordar lo sucedido en las últimas horas. Tabea no sospecha que Leon conoce el motivo de sus lagunas de memoria... Pero un día, Leon comienza a contar: teje una red de historias propias y ajenas, mitológicas y fantásticas, y le hace preguntas a Tabea. ¿Podrá así despertar los recuerdos?

Un retrato estilísticamente extraordinario de la psiquis humana, un homenaje a la vejez y a la amistad con una misma.

*Uraco* entrelaza preguntas sobre nuestra manera de tratar la salud física y psíquica, la juventud y la vejez, y las aborda a través de temas (tabú) como la demencia, la incontinencia y las identidades difusas.

*Para su cumpleaños de 70 le regalé un burbujero y un aro de hula hula. No tenía miedo de que pudiera morir. Mi muerte estaba mucho más cerca que la suya.*



## Sobre la autora

Simone Falk nació en Bremen en 1984. Estudió Historia, Filosofía y Estudios Germano-Polacos en Bremen, Kiel y Poznań. Traduce novelas del polaco, enseña alemán como lengua extranjera y es cofundadora del Casa Eutopía en Granada. *Uraco* es su segunda novela. Su novela debut *Und dann essen wir Zurek und fallen vom Himmel* (Y luego comemos zurek y caemos del cielo) se publicó en 2023 en la editorial Klak Verlag de Berlín.

## Información técnica

- Editorial: Spatzenschwarm
- Publicado en Bremen en diciembre del 2025
- Páginas: 265
- Ganador de la beca de investigación y de trabajo para literatura en lengua alemana de la Administración del Senado de Berlín para la Cultura y la Cohesión Social.
- ISBN: 978-3-939564-54-6

# Propuesta de financiamiento

El Goethe-Institut tiene un programa de financiamiento a editoriales para costear la traducción de obras en alemán. Esta obra se ajusta a las condiciones solicitadas. Plazo de postulación 15/03/26 al 15/04/26. Más información:

<https://www.goethe.de/de/kul/foe/ueb.html>

## Prensa

**Presentación en el Brecht-Haus Berlin:**

<https://www.youtube.com/watch?v=TvD2q3dfxPU>

**Reseña de crítica literaria:**

<https://www.instagram.com/p/DTVtIECjal6/>

## Contacto

 [simone\\_falk2004@yahoo.de](mailto:simone_falk2004@yahoo.de)

 [info@spatzenschwarm.de](mailto:info@spatzenschwarm.de)

 Instagram: [@szymonkaszymonka](https://www.instagram.com/_szymonkaszymonka)

 <https://www.literaturport.de/lexikon/simone-falk>

Simone Falk

# Páginas de muestra



# Uraco

*Autora: Simone Falk*

*Traductora: Sofía Cullen*

*Lector: José Antonio García Priego*

## *Capítulo 1*

### *Una cara que se sostiene para quizás besarla*

Creo que estoy acostada sobre las vías.

Os veo sentadas, dándome la espalda sobre el césped al lado del terraplén. No queréis jugar más, ya es demasiado, el juego se convirtió en otra cosa desde el incidente con la alcantarilla; pero escuchadme, también para mí es demasiado. No solo el juego. Todo. Me siento bien aquí en las vías. Lo hemos hecho tantas veces; esa adrenalina era excitante e inesperada como nuestra primera tormenta, pero a veces también aparecía el miedo, claro, y nos alejábamos de un salto cuando ya se escuchaba la bocina del tren y empezaba a sentirse el arremolinar del viento. En ese momento nos galopaba el corazón, las lágrimas brotaban en los ojos, y detrás, cuando el cuerpo gigante de acero zumbaba al pasar, nuestros gritos se llenaban de carcajadas.

Vosotras os volvisteis más sensatas, más tranquilas, yo también estoy más tranquila, pero la sensatez, esa sí que me esquiva. Además, todavía soy una niña, todavía me falta mucho para ser mayor, para la adultez. Así que me recuesto aquí, veo vuestras espaldas allí en el césped, a unos metros de mi cama de vías. Están trenzando pasto, haciendo alguna manualidad, con la cabeza entre la gomaespuma de los auriculares de nuestro *walkman*, ¿qué escucháis?, ¿es nuestra canción? Seguro que es nuestra canción, la estuvimos escuchando semanas, por un momento me arrepiento de no tener auriculares puestos, ¡qué bonito sería estar escuchando nuestra canción!, *I am the*

*passanger, and I ride and I ride*, quizás debería levantarme y acercarme a vosotras, pero ya tomé una decisión. No sé qué sentís en la espalda o qué veis o, no veis, o no sentís, o no queréis ver; me parece que sabéis que ya no podéis hacer nada.

Siempre fui terca.

Giro la cabeza para el otro lado y siento algo, vibra debajo de mí, un centímetro más y mi oreja tocaría el riel, sí, justo ahí vibra, zumba, se agita, algo amenaza detrás de mi cabeza. Miro sobre el metal hacia el pantano detrás del prado, al fondo se eleva el techo del edificio de cuatro pisos, veo la ventana de mi habitación, sobresale detrás de la colina, quizás algo podría haber cambiado, si me hubiese visto detrás de las persianas, estaría parada frente al televisor y miraría hacia las vías, *I look through my window's eyes*, vería un cuerpo tirado allí, estirado sobre las vías, levantaría la mano, acariciaría la ventana y aquí sobre mi cama de vías respondería ese gesto, levantaría la mano, y me saludaría a mí misma, *León, sal, juega conmigo, con Tabea estamos jugando a quién aguanta al tren, pero Tabea ya no quiere jugar más, ¡ven y juega conmigo!* Sin embargo, no hay nadie en la ventana, la grava entre las elevaciones de hormigón se clava en mi columna, llevo la respiración a la espalda baja, luego de nuevo al tórax para aplazar el dolor.

De repente, veo a Edith. Parpadeo dos veces, levanto apenas la cabeza, no puedo creer que esté ahí en el prado y me clava la mirada. Durante semanas cargué con su cara día y noche detrás de mis párpados, se convirtió en un lienzo que cuelga detrás de cada pensamiento y palabra —y ahora está allí, aunque en realidad es imposible que esté allí. Su padre aparece detrás de ella. Retengo la respiración. Él mira al suelo, se agacha, veo su espalda, su nuca, alisa manojos de césped, recoge algo, quizás ramas o basura, estira una manta, desaparece detrás de una colina; Edith sigue ahí, inmóvil y me clava la mirada.

Alguien murmura —*ayúdame*—, debe ser el viento.

Vuelvo la cabeza hacia vosotras, vuestra espalda agachada, encorvada, los auriculares fijos en las orejas, ¿no tenéis ni un poquito de ganas de saber lo que estoy haciendo aquí?

Vuelvo la cabeza hacia Edith. Me clava la mirada, sé que en sus ojos hay una profundidad negra y angosta, un miedo a quedarse atrapada, a ser devorada, *¿por qué no me avisasteis?*, debe pensar, *¿por qué solo me mirasteis y mirasteis y esperasteis hasta que me caí?* En ella debe haber una ira, una incomprensión, un eterno sentir que el mundo la abandona, y mira hacia la derecha, ve algo, y estoy sintiendo ese algo, mi cabeza vibra sobre el riel, mis dientes castañean, Edith me mira de nuevo, sostengo su mirada. *No digas nada*. Las lágrimas inundan mis ojos, *no digas nada, por favor, Edith. Nos llamamos, no te avisamos, y ahora calla tú también, por favor. Te caíste y ahora caigo yo, a mi manera, que es como volar*, y como si Edith hubiese escuchado mis pensamientos, da la vuelta con una mirada escrutadora hacia su padre que está alisando la manta, luego hacia aquello que se aproxima, luego otra vez hacia mí y, mientras lo hace, se mantiene tan inmóvil como yo acostada, anclada totalmente al suelo, me extraña no escuchar el silbato, debería estar sonando desde hace un tiempo, ¿qué está pasando? Un velo de lágrimas sobre el tímpano, seguro que estoy sorda; una vibración tan fuerte, solo escucho mis dientes, cómo me gustaría tener ahora nuestra canción, como me gustaría tener a alguien que me saque de todo esto y no lo empeore, pero no había nadie; ni siquiera mi abuela me había animado en mi anhelo, no quería tener que esperar seis o siete décadas hasta poder ser como ella, yo lo quería ya, ese único deseo, no ser más una niña, no tener que aguantar más, y entonces solo quedaba esta solución, la vibración atraviesa mi cuerpo, intento sentir el alivio que tanto anhelaba de este momento, será como volar, como una tormenta que me arremolina mezclada con las cosas y trasladada como una pizca de arena o ceniza, ahora, finalmente el salto, giro mi cabeza, a la izquierda el padre de Edith se voltea, toma su brazo, le sonrío, ella está inmóvil,

me clava la mirada, y luego él sigue esa mirada, observa en mi dirección y debería gritar y alzar los brazos, pero no hace nada, mi mirada se aleja hacia la derecha, hacia vosotras, bocinas, una y otra vez, os arrancáis los auriculares, os dais la vuelta, veo vuestros ojos, y ya en este momento reconozco cómo me vais a echar de menos, y que eso será eternamente así, levanto la cabeza, ¡*Tabea!*, y ya está aquí, el viento, y me tiene.



Con las palmas de las manos hacen rodar los crayones sobre la mesa, el rojo, el azul y el amarillo. Esos son vuestros colores. Vuestros, como siempre lo fueron. A veces cerrais los ojos, la cara desfigurada del esfuerzo, como si estuviéseris sentadas en el váter e intentarais evocar en el lienzo interior de vuestros párpados esas tan familiares manchas saltarinas de colores. Manchas rojas, azules y amarillas para las que solo puede haber un único espectador, tiemblan, bailan, revolotean, fluyen entre sí, pero cada una por su cuenta, sin sospechar del colorido potencial de su unión, y, de repente, se lanzan a la carrera detrás de los párpados, como si fuese una cuestión de vida o muerte y como si tuviesen un único objetivo.

También ahora seguís cerrando los ojos. Contraéis los músculos faciales, fruncís los labios, y de repente os observáis como desde arriba o, por lo menos, desde algún lado que no es desde adentro, y no os queda más opción que reiros. No hay manchas. Hace tiempo que ya no os sale evocar este juego de colores danzantes. Quizás es una de esas particularidades de la infancia y juventud que con el tiempo se desvanece. Como las cuevas en vuestros sueños. A las que se arrastraban con el dedo en la boca. En algún momento se abrieron las paredes: la luz entró, entre ramas, entre rocas, el mundo entró a empujones con sus responsabilidades estridentes, el pulgar ya no encontraba el camino a los labios. Quizás esta incapacidad de ver bailar a los

colores frente a sus ojos, también tiene una causa orgánica que seguramente esté relacionada con el crecimiento, con el paso a la adultez del globo ocular, o del nervio óptico, o a saber todo lo que se hace adulto detrás de un párpado cerrado.

Joder, qué agotador es recordar.

Abrís los ojos.

Tenéis que limpiar la cocina. Vuestros dedos envuelven los lápices, rojo, azul, amarillo; entre la pared y el borde de la mesa todavía sigue el verde; queréis sacar al crayón del aprieto pero este rasguña el papel tapiz, como si se aferrara a él, testarudo, ¡no, mamá, todavía no quiero ir a casa, aquí se está tan bien!

Os chupáis las puntas de los dedos y frotáis la mancha verde que sobresale uno o dos milímetros por arriba del borde de la mesa. El papel tapiz no perdona ningún descuido; frotáis y frotáis, pero la cera verde persiste como si fuera tinta china, ahora diluida en saliva hasta convertirse en la idea de aquel verde inicial, pero todavía verde, no blanco.

Dejáis los crayones en el baúl de juguetes, arrojáis luego los pedacitos de papel, en realidad debería estar ordenando Edda, pero cuando sonó el timbre y Pía preguntó si quería ir al lago Silbersee con su mamá Uno y su mamá Dos, que os van a cuidar bien y ocuparse de que nadie se ahogue ni se corte el pie con un pedazo de vidrio, o de que nadie le tire del rabo a un perro, Edda saltaba de una pierna a la otra tan emocionada que no podían arruinarle una tarde de infancia por un par de lápices y unos papelitos desparramados en la mesa de la cocina, y solo por eso, dijisteis “busca rápido tus cosas y no te olvides de la crema solar. El 50.”

—¡Una momia voy a ser de tanta crema! —dijo decidida y agarró el bolso, corrió al baño, a su habitación, y cuando terminó y se despidió, visteis que el naranja de los manguitos flotadores sobresalía en el bolso, junto al walkman con el cassette de Dieter Bohlen.

¿Qué le ha dado a Edda con Dieter Bohlen últimamente? Seguro es algo del colegio. Y pensasteis que los Dieter Bohlen de este mundo ya se habían extinguido hacía mucho, eran modernos cuando todavía jugábamos con dinosaurios y escalábamos árboles o corríamos en toples en los veranos del pueblo, con las camisetas de Mickey Mouse mal dobladas y metidas en la parte de atrás de los pantalones cortos. Entonces teníamos siete. Todavía éramos niñas sin pechos, pero ya era evidente que éramos chicas y en ese momento los maridos del barrio sacudían las mangueras detrás de las cercas, indignados frente a las panzas rojas por el sol, y miraban disimuladamente en todas las direcciones, y después de vuelta a la piel desnuda de esas niñas que pasaban corriendo, pero no decían nada, al fin y al cabo, eran niñas todavía; y seguían regando los arbustos del patio delantero y sabían bien que sus señoras habrían llegado rápidas como socorristas si esa escena hubiese sucedido en la piscina del club y nosotras, niñas de siete años, nos hubiésemos atrevido a estar casi desnudas, ya sabe, en toples, se pueden ver sus pequeños pezones oscuros, tan de niño, pero, al mismo tiempo, tan claramente de niñas, eso no está nada bien, fíjese usted en cómo eso incomoda a todos los hombres... no puede ser, ¡haga algo!, y así los maridos dejaron a sus mujeres desprevenidas en la casa y siguieron inundando en silencio los arbustos en el calor de la tarde, litro tras litro tras litro, sí, ese día incluso más, porque hacía mucho calor, y como todo el mundo sabe, los niños tienen que volver a casa antes de que caiga el sol y, seguramente, el camino de vuelta a casa era el mismo que el camino de ida porque la única otra alternativa era la avenida, y esa es de verdad muy peligrosa para niñas de siete años, eso lo sabe hasta una niñita de siete años. Y los arbustos se ahogaban bajo el chorro de agua, las hojas se hinchaban, la tierra tragaba y borboteaba y el dueño de la manguera miraba boquiabierto hacia la calle.

—Al día siguiente todas las plantas de esa calle estaban muertas. Ahogadas —dije y reí, esa risa nerviosa que siempre os asusta,

porque no tiene nada que ver con esta amistad, que es duradera y pausada, no tolera agitaciones, hasta si esa agitación sólo se refleja en la voz y la respiración, y entonces os reisteis conmigo para ahuyentar con vuestra risa lo intolerable mientras nos sentábamos con un Mumm semi-seco y patatitas Pombären en vuestro balcón y recordábamos los casi 30 años que habían pasados.

—¡Tú me pegaste un chicle en el pelo!

Cuando estaba con vosotras y os hablaba directamente, os tuteaba. Así era más fácil. Así no os desconcertaba y no provocaba preguntas que eran difíciles. —¡Eras fan de la Kelly Family y soñabas todas las noches con Angelo!— me replicasteis.

—¡Y a ti te ponía David Hasselhof!

—¡Y tú te meabas en los pantalones todo el tiempo!

—Me pegaste una bofetada cuando te dije que me mudaba.

—... Te quería muchísimo. Quería que estuvieras cerca. En ese momento cinco calles eran demasiado.

Casi veinte años después de esa bofetada, las cinco calles se convirtieron en un par de docenas de kilómetros, cuando terminamos la facultad me mudé a la ciudad, a una ciudad de verdad, una en la que el número de habitantes llega a las siete cifras y no solo cinco o seis, y vosotras os quedasteis donde habíais nacido, porque os ofrecieron un lugar para las prácticas, y porque hay veces en la vida que es más cómodo quedarse donde uno siempre ha estado.

Sin embargo, también a veces os agarra la llamada de que está lejos, esa que se encuentra en los libros y, también un poco, en la vida real. Siempre había sido la llamada del inhóspito Gran Norte con sus páramos, volcanes y fiordos, lo que constantemente picaba en vuestros pensamientos. Luego se sumó el Este, pero el Norte también susurraba: tenía que haber aridez y, a ser posible, también un poco de permafrost con sus profundos secretos, es decir, la taiga y su vastedad. Más tarde se sumó durante un tiempo

el Oeste con sus grandes promesas y os avergonzáis un poco de que fueran autores tan canónicos como Dickens o Wilde los que os despertaran la curiosidad por los bastidores de la gran ciudad. Y se sumó Amordeverano y diez meses después llegó Edda y la nostalgia por lo lejano se encogió a un día en el lago, una escapada a la costa, y de repente era más seguro para vosotras preguntarme llenas de prejuicios si no me voy a establecer alguna vez, hacerme un nido en algún lugar, porque no se puede estar todo el tiempo viajando y queriendo irse.

Se puede.

—Pero, ¿no te gustaría alguna vez en algún lugar...?

No quiero.

—Y el tema de que estás siempre enferma, no tendrá quizás algo que ver con...?

No tiene. Es lo que hay. Algunas personas están enfermas, otras no. Hay que vivir con eso. Para curarse se puede estar en cualquier lugar. Pero para criar a los hijos y enviarlos al colegio, no.

—Que sí, que se puede hacer sin problema.

¿Y por qué no lo hacéis entonces?

—Otras prioridades. Eso no lo entiende la gente sin hijos.

¿Qué pasó entonces con el Gran Norte, la taiga y las promesas de la gran ciudad?

—Están ahí.

¿Y?

—Van a seguir ahí. La vida todavía es larga, joder.

Nos callamos. Hasta que me preguntáis:

—¿Acabamos de tener nuestra primera pelea?

Es nuestra primera pelea.

Fue nuestra primera pelea. No nos hablamos en un par de semanas. Normalmente nos escribíamos e-mails y cartas, nunca hablábamos por teléfono, ya que no soy muy de las palabras

habladas que necesitan un medio para ser escuchadas. Además, estuve mucho en el exterior, donde había mucha tranquilidad y naturaleza, ahí la cobertura era en general mala, y siempre cara. Necesito eso para balancear el ruido de la gran ciudad.

Pero nuestra relación se mantuvo a pesar de los distintos proyectos de vida, a pesar de la distancia entre nosotras, y a veces logramos acortar la distancia a un paquete de patatitas, una taza de café, una copa de cava.

Y ahora estoy aquí, con vosotras.



Hace mucho que no nos vemos.

Me echais de menos.

También Edda.

Le prometí que un día íbamos a cazar tornados. Una promesa surgida por la distancia. Cuando sentí la necesidad de compensar mi ausencia. Una ausencia que vosotras sufríais, pero que yo le compensaría a Edda. Un desvío a través de la infancia de la hija de una amiga, llevando en la memoria la propia infancia como un molde nostálgico.

Y como una advertencia.

Después de mudarme a la ciudad, te escribí la primera carta: *Tabea, dale un beso a Edda y dile que un día vamos a cazar tornados juntas, yo pequeñitos y ella enormes.* La promesa continuó en todas las cartas siguientes, se convirtió en un saludo de despedida. Como vosotras y yo sabíamos: tiene que existir un vínculo entre Edda y yo, ya que si algún día aparezco con vosotras, tiene que ser lo más natural del mundo. Edda tiene que confiar en mí. Y así desde el principio comencé a dejarle besos a través de vosotras, contarle sobre mí y así despertarle un poco de curiosidad.

Edda no sabía que la promesa era heredada: vosotras me

habíais prometido lo mismo cuando todavía éramos niñas.  
“¡Vamos a cazar tornados! Un día, cuando el viento llegue  
arrastrando una pared de nubarrones negros, y será ahí... ahí!

Todavía no habéis cumplido vuestra promesa. Con el tiempo  
aprendimos a reconocer el viento, a sentir los primeros indicios de  
una tormenta. A menudo nos dábamos cuenta cuando ya era tarde.  
¡No se puede ir a la caza cuando el monstruo ya está rabioso,  
cuando gira alrededor de sí mismo y uno está metido en el medio!  
Y de la misma forma me dirigí un día a Edda: un día vamos a cazar  
tornados juntas, yo pequeñitos y tú enormes. Vosotras estabais ahí,  
me sonreisteis y en vuestra mirada observé que os parecía bien.  
Ahora la promesa era entre Edda y yo.

[...]

## Capítulo 4

### *Tan libre y flotando sobre las cosas*

Me gustan las personas viejas. Quizás más de lo que debería. En realidad, nunca me entendisteis. Intenté explicaros muchas veces. Os hice señales, os compartí mis sentimientos. Y lo bloqueasteis, no quisisteis saber. Os planteaba situaciones que olvidabais con rapidez. Si no, hubieras dudado de vuestra cordura. Os habríais odiado por tener un tabú social tan grande. Un tabú que también es vuestro. Mío no. Porque mi mirada hacia la edad es distinta.

Eik era mi gran fascinación. Lo conocí en una esquina. Me ayudó a cruzar la calle. Sí, *él* me ayudó *a mí* a cruzar la calle. Mi mirada estaba nublada de lágrimas, sentía mucho dolor. Había empezado el día eufórica, hacía tres semanas que estaba libre del dolor, el periodo más largo en mucho tiempo, tenía esperanza, creía en el efecto de la combinación de mis preparados, manosa por la mañana, arándano rojo al mediodía y nitrofurantoína antes de ir a dormir; pero de repente volvió el pinchazo, el ardor, los rumores en el bajo vientre, y lo que más deseaba era tirarme delante del próximo tranvía.

Pero ahí estaba Eik. Podía confiar en él. Eso fue lo central: en momentos de dolor no veía nada más que a mí y a mi cuerpo; lo odiaba tanto que quería desgarrarlo, separarme de él, salirme. Y de repente apareció este hombre, mucho más viejo que yo, que me vio. Que me agarró, me tomó por el codo y cruzó la calle conmigo. Lloré cuando llegué a la esquina. Y después lo vi.

Me llamó madame y me quitó el pelo de la cara. Su mano era linda. Bronceada, tierna, con tendones fuertes, las manchas de la edad me recordaban a la piel de las jirafas. Olía a viajes. Y a lluvia. Eik hablaba ocho idiomas con fluidez, siempre vestía elegantes trajes de un solo color con gemelos coloridos y camisas un tono más claro que la chaqueta, se las abrochaba hasta el inicio del

vello, tenía un pecho firme, sobre el que colgaba un collar de madera africana de árbol de elefante y en el bolsillo de su chaqueta siempre guardaba cuatro cosas: un abrecartas de plata, un bloc de notas, un bolígrafo y una pequeña bolsa de papel con semillas. A la pregunta sobre dónde estaba su hogar, siempre respondía algo distinto, a veces nombraba el hotel en que se estaba hospedando, otras veces su apartamento de dos habitaciones cerca del dique, unas veces cualquiera de los idiomas que dominaba a la perfección, otras, uno de los barcos con los que había navegado el mundo hace medio siglo, a veces una mancha de tierra cerca de una desembocadura de un río en algún lugar al sur, donde crecía rápidamente uno de los plantones que sembró, y, una vez, dijo contigo, madame, contigo.

Le hablé de vosotras. Él os aceptó. Parecía que os comprendía. Tenía una idea de cómo es cuando estáis.

Eik nunca os conoció.

Me encantaba su cara. Su cabello. Todavía tenía mechones oscuros, en los que se podía reconocer la pasión y la curiosidad de su juventud, salpicado de canas, me recordaba a la lluvia que se desliza como regueros iluminada por las farolas de la calle en el medio de la oscuridad de una noche. Sus ojos tenían la particularidad de que reflejaban cosas que todavía no eran o que ya habían desaparecido, como una Fata Morgana, se podía ver en ellos un instante en el futuro o en el pasado como un espejismo, era algo loco y atterradoramente bello al mismo tiempo.

Todo en su cuerpo era más firme y estable que en el mío. Más sano. Él salía a correr, hacía yoga y qigong. No necesitaba dormir tanto como yo, cada vez que yo despertaba en su cama, él estaba sentado en el sillón de la sala (así le decía al cuarto de estar) tomando café helado tailandés, garabateando en el bloc o asomándose a un libro. Las antiguas epopeyas indias y griegas, los diarios de Max Frisch, las crónicas de Humboldt, pero también leía a Sybil y Malina de Bachmann (debido a vosotras y a mí).

Adoraba verle así sentado con el torso desnudo, su piel morena frente al tapizado blanco del sillón, él se sentaba erguido, con las piernas juntas, los cabellos blancos de su pecho subían y bajaban con cada respiración, tres arrugas perfectas y delicadas atravesaban su abdomen, allí, detrás de los libros.

A veces me preguntaba algo.

Preguntaba por mi parte de niña. Porque casi siempre existe una cuando alguien es como vosotras o como yo. Le dije que está Edda. Pero ella es una niña, tiene ocho años, no es sólo una parte. Reí. Obviamente no es lo mismo.

Preguntó si había sucedido algo que pudiera recordar. O vosotras.

—Vías. Y un tren —lo único que dije.

Preguntó si hubo un accidente

—Un juego. Una alcantarilla. Y una decisión. Tabea me perdió; y luego un día estaba de nuevo sentada al lado de ella en el sillón.

Eik parecía sorprendido de mi capacidad para dar respuestas claras, o quizás también de que las respuestas eran menos claras de lo que a mí me parecía. De que yo tenía el control. Sabía todo. Y vosotras, aparentemente, nada.

Lo único que no podía controlar era la cistitis.

Para su cumpleaños de 70 le regalé un juguete para hacer pompas de jabón y un hula-hoop. No tenía miedo de que pudiera morir. Mi muerte estaba mucho más cerca que la suya.

[...]

## Capítulo cinco

### *Como si estuviera reservando la eternidad*

Arrugas en la frente. Ya de niña me fascinaban. Fueron mi primera llamada por lo lejano, mis primeros viajes. Eran como desiertos resquebrajados, una pared glaciar derritiéndose, la superficie de un lago azotado por el viento. Un laberinto de hojas y ramas, los anillos de un árbol.

A veces cuando no me sentía bien, cuando necesitaba una distracción, caminaba por las calles, andaba en autobús por la ciudad, y buscaba caras de personas viejas.

Y dibujaba esas caras.

Dibujaba las líneas de la frente cubiertas de maquillaje, mejillas llenas de colorete. El suave zigzag que se ocultaba como afluentes justo detrás de barbas cuidadosamente cultivadas, bajo coronas de sombreros, pañuelos y tintadas gafas de sol. A veces, la vejez brillaba llena de orgullo, no se dejaba ocultar, saltaba una y otra vez tras las máscaras del cuidado. Arrugas pálidas en el pliegue del cuello, pieles manchadas al sol de Mallorca, ojos opacos casi ahogados en párpados débiles. Lóbulos de las orejas largos y pesados, como si gotearan por el paso del tiempo. Cabello tan lleno de blanco que parecía desbordarse llamando al espectador como una mancha roja en una imagen en blanco y negro.

Después de este tipo de encuentros me sentía mejor. Me sentía segura en el presente de la edad.

Muchos de mis dibujos los tenéis vosotras.

*“Seguro que me los regaló Leon”*, pensáis. Vuestros pensamientos son poco claros. Ya no recordáis con detalle. Mi talento siempre os entusiasmó. Incluso cuando los dibujos os asustaban. Miro a las personas un par de veces y ya puedo plasmar el rostro en el papel, y siempre el parecido es inconfundible. Los rostros y cuerpos que dibujo son viejos. Una vez me preguntasteis por qué. Tuve que reírme.

Os da envidia mi buena memoria. A veces, si no nos vemos por un tiempo, os olvidáis de hasta cómo soy.

También os olvidáis de mi voz. A menudo sólo podéis recordar la que tenía en la infancia, cómo sonaba cuando correteábamos en la naturaleza. Cuando me emocionaba, mi saliva fluía a raudales, debía tragar constantemente, interrumpir las oraciones, hacer pausas donde en realidad no había comas, alzar la cabeza para facilitar el tragado y, cuando hablaba, mi voz tenía un tono de voz tomada, como si tuviera que abrirse paso entre una niebla espesa.

En cambio, no podéis pensar en mi voz de adulta. Y eso que somos muy cercanas. —Muchas cosas se me olvidan. Y tú... ¡tú te acuerdas hasta del recorrido de cada arruga de las caras ajenas! —me dijisteis celosas una vez.

Sí, tenéis razón. Las arrugas atraviesan la piel como un hilo rojo por una historia, como los recuerdos a través de las generaciones. Veo estos hilos y sus recorridos, grabo en mi memoria sus curvas, sus profundidades y sus desniveles. No olvido. Ese es mi talento, esa es mi maldición.

¿O tal vez sí que olvido? ¿Me imagino que algo es un recuerdo, cuando en realidad solo es el inconsciente rellenando los huecos, los años vacíos?

A veces mezclo las cosas: los tiempos, las caras, los recuerdos.



Ya fue hace unos años, Edda y Amordeverano todavía no estaban en vuestra vida, teníais al hermano Jakob. Vuestra madre había muerto hacía unas semanas. La habían enterrado ese fin de semana.

Os habíais dado cuenta de que él estaba algo raro. Quizás la muerte de vuestra mamá le afectaba más de lo que esperabais. Él y su padre convivieron con ella por muchos años. De todas

maneras, Jakob estaba especialmente malhumorado, bastante llorón. Era evidente que vosotras no teníais idea de lo que había pasado entre él y yo el fin de semana anterior en la casa de su madre. ¡Siempre me sorprende cómo no os dais cuenta de absolutamente nada! Que podáis mirar para otro lado, que vuestra memoria pueda dejar tanto de lado.

Jakob no tenía dinero, como siempre, así que acudió a vosotras una tarde, unas semanas después de la muerte de vuestra madre, os pidió un paquete de ayuda y vio mis dibujos sobre el escritorio.

Hojeó la pila, como si fuera la primera vez que los veía. En sus manos temblaba un retrato de cuerpo entero de un hombre desnudo.

Se lo quitasteis y lo devolvisteis al montón.

—Toma. Café, couscous, un poco de verdura, zumo. No, Leon no ha estado aquí. Sabes que yo te avisaría.

Luego lo abrazasteis fuerte. Sentisteis que era exactamente eso lo que Jakob estaba necesitando. Pensasteis en mí. A mí también me vendría bien un abrazo. Siempre me quiero soltar rápido de los abrazos. Pero en realidad después anhelo que alguien venga desde atrás y me abrace. Que me sostenga. O que se acueste en la cama detrás de mí y que moldee su cuerpo al mío. Solo contacto y cercanía. Nada de sexo. Alguna vez os conté de ese deseo, borrachas después de una fiesta y sentadas, en medio de un barrio residencial, en el bordillo de una acera, con un falafel y una Beck's en la mano.

—¿Sólo abrazos? ¿Nada más? —me preguntasteis.

Y entonces os lo conté. Por primera vez con detalles. El alcohol ayudó.

Que me duele. Casi siempre. Que me quema y me pincha. Que lo siento como si me restregarán una guindilla en las entrañas. Que el pinchazo alcanza el cuello uterino y hasta dentro de la vejiga. Que la urgencia de hacer pis está ahí casi todo el tiempo. Que a veces apenas llego al baño. Que alguna vez muy de repente hay de nuevo sangre en la orina y empieza el dolor de verdad. Que

después de pasar toda una noche llorando en el inodoro con una tetera al lado y con tres, cuatro ibuprofenos en sangre, toca ir al médico. Que horas después aparece el alivio, cuando finalmente el antibiótico hace efecto. Que después vienen dos o tres días de euforia porque todo se siente bien, nuevo, joven, sano. Que luego empiezan los picores. Que la candidiasis llega después de tomar los antibióticos. Que la piel está tan irritada de tanto rascarme que por días solo puedo usar faldas o mallas de deporte sin ropa interior. Que el clotrimazol, el flucomazol o la nistatina combaten los picores. Una crema para el exterior y supositorios para el interior. Que la crema para aliviar el picor ayuda y ataca la candidiasis, pero también altera el ph. Que luego, durante la cura de siete días con ácido láctico reaparece el ardor al hacer pis. Con las últimas gotas. Que debo actuar rápidamente, tomar dos litros de té. Que ya he probado de todo. Pastillas de arándanos rojos. Autovacunas bacterianas. Dos docenas de antibióticos diferentes. Nitrofuratoína. Angocin. D-manosa. Cantharis. Sepia. Infusión para la vejiga de uva ursi. De capuchina. De vara de oro. De cola de caballo. Duchas vaginales. Baños de asiento. Con manzanilla. Con sal del mar muerto. Con vinagre de manzana. Que sin embargo siempre vuelve. Que los lapsos entre las infecciones no son de más de cuatro semanas. Que a veces todavía siento la entrepierna entumecida y ya no puedo diferenciar si arde la uretra, el ano o la vagina. Que todo se convirtió en una gran zona difusa de “ahí abajo”. Que uno desvía la mirada conscientemente con solo pensar en eso. Que solo se puede mirar para arriba y para adelante ignorando desesperadamente una parte de sí misma. Lavarse la entrepierna con los ojos cerrados. Que uno experimenta repulsión. Desconcierto. Desamparo. La pulsión de morir. O el deseo de separarse de esta parte del cuerpo, no llamarle más como si fuera yo.

“Salud”, dije después, ahí en el bordillo, mi falafel ya estaba tirado en el suelo hacía rato, la salsa goteaba por la calle, un grupo de adolescentes me miraron riéndose por lo bajo, y en ese

momento me dí cuenta de que me había enfurecido y estaba hablando muy alto.

—Seguro que tiene que haber algún médico que te pueda ayudar —me dijisteis, desconcertadas. No recuerdo si ya estabais pensando en Parzival en esa época. Si hubiésemos visto el paralelismo con su herida, quizás todo hubiese sido un poco más fácil. Quizás también, solo nos hubiésemos reído sorprendidas.

Cuando dejasteis de abrazar a Jakob, su mirada cayó nuevamente sobre la carpeta con dibujos. El dibujo que había dejado temblando mostraba un anciano desnudo. Estaba apenas asomándose a la ventana y sonreía al espectador como si estuviera reservándole la eternidad.

A vosotras os perturbó otro dibujo. De hecho, la hoja estaba doblada, con los bordes rotos. Los colores negro, gris, verde, beis y marrón me mostraba a mí misma. Pero no como alguna vez fui, sino como seré en un futuro lejano. Con ojos pequeños y vidriosos, miro desde un rostro arrugado, un cuerpo encorvado.

Soy vieja.

Me veo feliz.

Vosotras no me reconocéis como una persona feliz.

*¿Cuándo dibujó eso Leon?*, os preguntáis.

Seguramente se lo mandé por correo en un sobre A4. Eso fue antes de nuestro viaje al Gran Norte.

Cada vez que miráis el dibujo os irrita la certeza que transmite: exactamente así me voy a ver cuando sea vieja. Así y no de otra forma. ¡Como si envejecer fuese una decisión que se puede tomar! Aquí no hay subjuntivo. Si queréis rastrear esa certeza, desenmascararla, os daríais con una pared. Es como imaginar que no existe nada. Absolutamente nada. La mente se bloquea, no se puede pensar más allá del borde del universo, del *Big Bang* o del *Big Bounce*. De pequeñas, solíais hacer este experimento. Os acostabais en la cama y os imaginabais que nada existía, ni siquiera la nada. Flotabais por el universo, por el espacio, teníais

la sensación de estar a punto de conseguirlo, no pensar en nada, comprender el principio y el fin, negarlos, y luego aparecía de repente algo que rompía todo, que fijaba un límite, que os devolvía como si colgarais de una cuerda: la palabra Yo. El sentimiento Yo. El pensamiento Yo. El Yo desde donde parte todo lo que se observa, se piensa, se conoce.

La sensación de impotencia que le seguía, hacía de repente la vida más fácil. Y sentíais la nostalgia de un Nosotras.

Más tarde os di ese Nosotras.

En esas noches cuando os imaginabais la nada, Stibitz se quedaba con vosotras y ronroneaba sobre vuestro vientre.

Os vuelve a pinchar la vejiga. La bolsa de agua caliente sobre el abdomen aún está caliente.

Miráis por la ventana. Ahí está sentada, la vieja.

[...]